

## **LA TRISTE HISTORIA DE LA POBLACIÓN Y EL TURISMO DE CANARIAS.**

En ocasiones, y con más frecuencia de lo deseable, en estas islas nuestras uno queda atrapado por una especie de frustrante perplejidad frente a estados de opinión generalizados que dominan sin desafíos disidentes el ámbito político y los medios de comunicación. Se aceptan como verdades incuestionables ciertos pareceres de fundamentos más bien dudosos y que, en el caso que nos ocupa, se refieren a los supuestos males que conlleva la inmigración en Canarias, o a las razones y salidas que afectarían a la actual crisis turística. Esta unanimidad persistente debería hacernos levantar las mayores de nuestras suspicacias. Los problemas socio-económicos son casi siempre complejos y admiten habitualmente diagnósticos con distintos acentos y análisis a partir de diferentes factores explicativos. Además, debemos recordar lo relevante que es plantear bien un problema, puesto que ello constituye la antesala ineludible para abordar su solución de forma adecuada.

Algo extraño pasa aquí, cabría decir entonces. ¿Es que hemos perdido nuestra capacidad de reflexión crítica frente a temas de trascendencia social que admiten distintas lecturas e interpretaciones?. Sinceramente, no lo creo. Solemos tener aisladas voces de gran sensatez (ver, por ejemplo, los pronunciamientos en prensa de los catedráticos de la Universidad de la Laguna Juan Francisco Martín y Federico Aguilera sobre el problema inmigratorio y el modelo económico canario respectivamente), otra cuestión distinta es que sean oídas y se les otorgue la debida repercusión. Más bien, podría afirmarse que ciertas evidencias apuntan a que lo que prevalece es un manido mecanismo para eludir nuestras propias responsabilidades. La comodidad de ignorar el peso de nuestros actos y decisiones en asuntos en los que no existe ningún otro protagonista significado que los propios sujetos que integramos la sociedad canaria.

Por ello, no es tarea fácil argumentar en pocas palabras lo disparatado que resulta el actual enfoque sobre el denominado problema del control de la población en Canarias. Desde un principio, y arropado por un discurso político demagógico, se han dado por supuestas demasiadas cosas, por lo cual habría que ir las desmontando con paciencia una a una, para así despejar las vías de un análisis que ahora está lastrado por valoraciones de escasa objetividad. Si dejamos al margen la esterilidad del actual debate político, pleno de desorientación, confuso y sin salidas prácticas evidentes, lo primero que debemos preguntarnos tendría que referirse a determinar cuál es el problema de fondo. ¿Es el crecimiento de la población “el problema”? o, de forma más acotada aún, ¿es la inmigración “el problema”?, teniendo en cuenta la contribución primordial que realiza en la última década al crecimiento de la población. Y ¿respecto a qué son estas realidades demográficas problemas tan esenciales que hay que atajarlas de forma individualizada y específica?.

Conviene, en una primera aproximación, aquilatar estos interrogantes desde un punto de vista estadístico trayendo a colación que, según el informe del Comité de Expertos sobre Población e Inmigración en Canarias promovido en 2002 por el Gobierno de Canarias, el crecimiento medio anual de la población canaria para el quinquenio 1996-2001 fue del 2,1%, del cual el 81% se explica por el aporte inmigratorio (tasa del 1,7%). Sin embargo, el crecimiento vegetativo de la población canaria ha tenido una bajada impresionante, que viene compensada en alguna medida por el aporte inmigratorio a partir de mediados de la década de los años 90 del pasado siglo. El crecimiento natural de la población canaria era del 1,92% en 1970 y pasó al 0,34% en 2000, lo cual subraya el grave problema que para el futuro inmediato de Canarias representa el envejecimiento de la población. El informe

citado analiza la evolución demográfica con series estadísticas muy recientes de tipo quinquenal o decenal, lo cual no facilita una visión comparativa más amplia y panorámica, puesto que es pertinente subrayar el hecho de que las tasas de crecimiento poblacional en la década de los 60 y 70 del siglo pasado llegaron a ser superiores a las actuales.

Una manera frecuente, aunque poco explicitada, de responder a la última pregunta sobre qué hace que estos fenómenos demográficos sean problemas esenciales y decisivos por sí mismos, es diciendo que el aumento de la población en Canarias limita o limitará el crecimiento económico de las islas. ¿Es en verdad sería una afirmación de este tipo?. Me temo que no, puesto que resulta muy difícil demostrar con rigor que el crecimiento demográfico o, en particular, el tipo concreto de inmigración que ha tenido el Archipiélago en los últimos años, supone o ha supuesto una restricción a su desarrollo económico y social. No hay ni un solo indicio en las series históricas de estadísticas demográficas y de crecimiento económico de las islas que avalen en algún grado esta tesis. Bien al contrario, la inmigración que se ha asentado en Canarias ha parecido responder en buena medida a huecos tangibles en el mercado de trabajo y a otras oportunidades derivadas del crecimiento económico experimentado por el Archipiélago. Es decir, la inmigración, como parece señalar la correlación positiva entre la evolución del valor de la producción (el Valor Añadido Bruto) y las cifras de inmigrantes, probablemente ha reforzado el crecimiento, no lo ha frenado, y lo ha hecho cubriendo la demanda vacante de puestos de trabajo, tanto en los escalones menos cualificados como en los de alta cualificación, así como mediante el establecimiento de emprendedores foráneos que han dinamizado los mercados isleños.

Si efectuáramos una interpretación de estos hechos en términos de nuestras responsabilidades políticas y económicas, lo que deberíamos revisar, a la vez que inducirnos a la más grave de las reflexiones, son cuestiones, entre otras, como la de la desconocida eficacia de las políticas activas de empleo que han movido en el Archipiélago ingentes recursos financieros, o la eficacia de la dispersa y opaca política de subvenciones a empresas. Y preguntarnos también si las conexiones y la coordinación existente entre el sistema educativo, el universitario y el empresarial resultan las más idóneas, o si, por el contrario, presentan unos deficientes y palpables desajustes.

Otro modo de contestar al llamado problema de la población en Canarias consiste en señalar el coste creciente que trae consigo la progresiva presión demográfica sobre un territorio exiguo. Esta es una poderosa alegación a la vista de la fragilidad del espacio isleño. Sin embargo, ¿cuál es el factor crítico en este contexto?, ¿la población en sí misma, de nuevo, o, más básicamente, las estrategias de ocupación del territorio que venimos aplicando?. Una vez más, mentar la población y, sobre todo, el fantasma de la amenaza externa que supuestamente encarna la inmigración sin matices, esquiva lo esencial. Y lo esencial es que el grado de sostenibilidad que admite nuestro territorio proviene de la forma en que lo hemos colonizado. Debería ser una obviedad, pero es obligado repetirlo, hemos edificado y urbanizado de manera desconsiderada y destructiva sin ponderar los costes de las alteraciones territoriales y paisajísticas, hemos dilapidado nuestro patrimonio natural cuando nuestro sistema productivo descansa y se organiza alrededor de su explotación y depende de su preservación.

Esta alusión a cómo el deterioro medioambiental disminuye sin remedio el valor económico que crea nuestra oferta turística, y por ende la rentabilidad de los negocios que la integran, nos lleva a los penosos lamentos de algunos representantes empresariales en torno a la crisis que atraviesa el sector turístico y al empeño insistente

de ciertos cargos políticos en quitarle hierro a la cuestión. Nos encontramos, de nuevo, paralizados por la perplejidad. Todo, al parecer, es producto de circunstancias externas e inevitables: el cambio en unas “tendencias” de mercado ajenas y distantes, el empuje de zonas alternativas que pérfidamente compiten en precios, como el Caribe o Turquía, la recesión económica en los mercados de origen, caso del alemán y del inglés, o el maléfico invento de fórmulas nuevas de producto turístico como el llamado “todo incluido”. O sea, lo mismo da la calidad del servicio que prestamos, o las estrategias empresariales fraccionadas, minifundistas, cortoplazistas y sin proyección comercial externa. Tampoco tiene que ver la decrepitud de muchas zonas de nuestros principales centros turísticos y su saturación caótica, insufrible y mal amañada. Ni la oferta, en suma, de un producto turístico indiferenciado, muy vulnerable a la competencia en precios de otras regiones competidoras.

Lo importante, pues, en todos los niveles de la representación social y política parecer ser el echar balones fuera. En tiempos tan tempranos como los años sesenta del siglo pasado ya habían voces en Canarias que advertían de los peligros de un determinado tipo de desarrollo turístico. Las voces críticas hacia el modelo de turismo masivo de sol y playa no han faltado desde entonces, pero poca trascendencia han tenido en cuanto a modificar las concepciones prevalecientes de lo que debe ser nuestro producto turístico. Es mejor seguir la inercia y no plantearse cambios e innovaciones, y cuando llega la crisis, aguantar como se pueda, llorar mucho para conseguir algún paliativo por parte de las Administraciones Públicas y esperar a que el mercado se recupere por espontánea inspiración.

En las primeras décadas del siglo XIX Thomas Robert Malthus, un agudo y atento analista de la realidad económica y social de la Inglaterra de su tiempo, vaticinó miseria masiva porque creía que el crecimiento de la población no iba a estar acompasado con el mismo ritmo de crecimiento en la producción de alimentos. La escasez de nueva tierra cultivable y la dificultad para aumentar los rendimientos de la ya cultivada eran para Malthus las razones de fondo. No obstante, la subsiguiente revolución tecnológica en la agricultura echó por tierra tales lúgubres vaticinios. Los rendimientos decrecientes en la producción, axioma básico en el análisis económico tradicional, fue así conjurado en un primer embate histórico. El milagro de los saltos en la productividad de las actividades económicas a través de las sucesivas oleadas de revolución tecnológica e innovaciones empresariales sigue siendo un fenómeno que provoca asombro y admiración. Son estos saltos los que dinamitan los parámetros que con anterioridad se pensaba constreñían sin apelación al desarrollo económico. La innovación es la clave de la capacidad adaptativa y de la posibilidad de romper los corsés que limitan el crecimiento económico. Por el contrario, la continuidad con las inercias heredadas, la pasividad y resignación ante los acontecimientos, la incapacidad para anticiparse a los mismos, la miopía frente a la urgencia de una coordinación y acción colectiva para hacer frente a problemas de ámbito global, el sabotaje sistemático de las posibilidades de esta acción colectiva por la interferencia de intereses espurios y minoritarios, todo ello nos coloca en la senda de los rendimientos decrecientes y de la decadencia económica. Y esto, al final, por encima del cinismo oportunista que impera en muchos de nuestros decisores públicos y empresariales, termina por afectar a todos sin excepción.

Las Palmas de Gran Canaria a 23 de mayo de 2004.

Jacinto Brito González  
Economista

*(Jacinto Brito González es Gerente de las Demarcaciones de Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura del Colegio de Arquitectos de Canarias y Profesor Asociado de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria)*